

# Algunas maneras de negar la muerte

Marcos Winocur

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades  
Universidad Autónoma de Puebla

Como es sabido, el animal no teme a la muerte y la acepta. El hombre, en cambio, teme a la muerte y la rechaza. ¿Qué media entre ambos, qué hace la diferencia? La cultura. En ella, pues, se originan esos sentimientos de temor y rechazo. Me refiero, claro, a la muerte natural, no la que sobreviene antes de tiempo, contra esta última el animal, como el hombre, está prevenido y el miedo juega útilmente de alerta. Pero la muerte llega al final de una vida, como epílogo de ésta, es rechazada por el hombre que desea para sí la inmortalidad. La cultura, pues, junto a las herramientas, el arte y las ciudades, nos ha hecho un regalo: el miedo a la muerte natural, su subsecuente rechazo y ese anhelo de lo imposible, la vida eterna.

## Antes de morir...

Con mayor fuerza a medida que pasan los años y desde la infancia cuando oye de ella o la huele por la actitud de los mayores, la muerte se instala en nosotros. Allí está, de nada vale relegarla al desván de las neuronas, allí está reclamando más espacio. ¿De qué maneras? Como nostalgia de lo que no fue y de lo que fue y ya no es, como injusticia y como pérdida. Y también se nos instala la muerte en forma de suprema ansiedad por todas las cosas que nos proponemos pues, desde la más banal a la que suponemos trascendente, están gobernadas por una condición esencial y universal: hemos de culminarlas antes de morir.

Hay en esto vanidad. El animal, llegado a la vejez y decaídas sus fuerzas, acepta la dirección del próximo paso que será su reducción a cero; se podrá argumentar

que él no lo sabe, yo creo que no hay manera de cerrar los ojos ante la presencia de la muerte, y esto para todo ser vivo. Y así el animal no se autovaloriza como individuo, o lo hace en medida mucho menor que el hombre; si le es llegada la hora, el animal se repliega –más anónimo que nunca– dentro de sí como la unidad que está sobrando a la especie y cuyo fin es tan fatal como el nacimiento. El hombre, poseído por la vanidad de la cultura, sigue aferrándose a la vida aun cuando sepa que usurpa un lugar perteneciente a los más jóvenes. Hay excepciones, recuérdese las personalidades que, llegados a viejos y viéndose inútiles, cortaron un día voluntariamente sus vidas: Koestler y su mujer, Gordon Childe, Hemingway, Zweig y su compañera, Lafargue y su mujer Laura, hija de Karl Marx; y sólo por mencionar unos cuantos entre nuestros contemporáneos. Pero son decisiones individuales, la reacción general es otra y pasa por aferrarse a lo que ha dejado de ser, por pretender calor allí donde quedan cenizas frías.

## La soberbia del hombre

¿Por qué la cultura ha sido tan generosa con nosotros, haciéndonos ese inútil y molesto regalo, el terror indiscriminado ante la muerte? Porque quisimos saber. Fue consecuencia de haber comido del árbol de la ciencia, ese hecho nos expulsó de la inocencia animal. Sí: quisimos saber cómo funciona todo para hacerlo con nuestras manos mejor que en sus resultados naturales, nos asumimos como dioses y ahí están los frutos logrados: el planeta azul de la vida está a punto de convertirse en el planeta gris de la muerte. Ella, otra vez; y

como en las guerras, obrada masivamente por nuestras manos. Y bien, quisimos saber también qué pasa cuando se muere, a dónde la energía del hombre se marcha mientras su cuerpo, mudo y frío, se corrompe. Y de esto último dejamos testimonio en la literatura. Borges en *El inmortal* o Simone de Beauvoir en *Todos los hombres son mortales*, y otros escritores que han abordado el tema desde la recreación literaria, nos aseguran: es la muerte quien espolea las conciencias –¡haz esto y esto otro antes del fin, que luego será demasiado tarde!; sin ella ¿a dónde iríamos a parar? En esto: dejar todo para mañana y mañana para nunca.

La negación de la muerte mientras tanto funciona, no importa el tamaño de la utopía, importa que la hagamos creencia.

### Comerme seis veces más pasteles

Conozco otras formas de negar a la señora de la Calavera. Que si la banalizo comiéndomela en el pan de muertos, entonces no será tan temible, que si le doy un trato familiar tal vez llegue a un acuerdo con ella. De todos modos, quienes mueren son los otros ¿por qué entonces preocuparme? Por su parte, los jóvenes están convencidos de que quienes mueren son los viejos, y ellos jamás llegarán a viejos. O simplemente, que tanto tiempo tardará en llegar el fin que no tiene caso pensar en ello.

Y esto me recuerda algo de mi infancia, cuando la muerte fue noticia de inmediato entendida como difícil de digerir y que urgentemente requería de mecanismos de negación.

Así, cumplidos los diez años me veo componiendo una tranquilizadora aritmética, me decía:

–Antes de morir tengo que llegar a viejo, viejisisísimo, algo así como los sesenta años... ¡seis veces más de lo ya vivido! Oh, la señora Muerte puede sentarse a esperarme.

Sí, era la eternidad por delante o casi. El final inexorable podía relegarse al desván de las neuronas. Y bien, corrió el tiem-

po aprisa, sesenta años es hoy mi edad; lo tan, tan lejano, llegó. Y entonces me figura aquella tranquilizadora aritmética de la niñez como si ahora me anunciaran:

–Despreocúpate, tu vida se multiplicará por seis, alcanzarás la edad de trescientos sesenta años.

Bien que me despreocuparía, tres siglos más por delante, casi nada. Pero lo que resulta una fantasía a los sesenta fue una realidad a los diez. Y dio argumentos para negar a la señora Muerte pues su cita aparecía como algo tan lejano que quedaba indefinidamente pospuesta.

Y claro, con la edad sobreviene el acortamiento de las distancias, la cita está a la vista. Pero hay más, a medida que el tiempo pasa, más rápidamente pasa. Cada vez menos cosas me suceden y menos interés tengo en las cosas que me suceden... vivo un desengaño general, es cierto. Pero también es como si el tiempo se hubiera acortado y menos cosas le cupieran dentro. Hasta el momento en que nada importe y el tiempo regrese a cero; del todo comprimido, nada le cabrá dentro. La señora Muerte lo sabe, me rodea amorosamente, me alcanza un frasco y un revólver.

–Elige– dice.

–Todavía no.

Cuando la niñez todo fue tan distinto; los días eran interminables y netos, se diferenciaban entre sí; las cosas que pasaban ¡eran tantas y tantas! Al despertar el día me abría sus brazos y cuando el dormir cerraba la jornada, yo había dado la vuelta al mundo. Sucesos inesperados me llevaban del asombro a la alegría.

–¡Llegaron las tías, llegaron las tías!– salía disparado a dar la noticia.

–¿Cuáles tías llegaron?– preguntaba mi mamá.

–Tía Irma y tía Chiquita.

–¡Uyyyyy! Y todavía no tengo nada preparado– exageraba mi mamá poniendo una deliberada nota de pánico.

Y un inmenso pastel de crema, traído por las tías a la comilona familiar, era depositado sobre la mesa.

–¡A comer, a comer...!

Y tan mágicamente como lo habían po-

sado, unas manos hacían desaparecer el pastel. Y en su lugar un mantel fragante levantaba vuelo y blandamente acababa cubriendo la mesa.

¡Cuánto, cuánto tiempo había pasado entre la llegada de las tías y el momento de sentarse a la mesa mientras el pastel permanecía prisionero en el refrigerador y sus inmediaciones fuertemente custodiadas! Había transcurrido un milenio y otro faltaba para terminar la comida y entonces, tajada a tajada, el pastel fuera cortado y llegara a mi plato y mi plato a mí.

Por fin, las tías y todos se iban, el pastel había sido multitudinariamente comido, el silencio se colaba entre los últimos platos depositados en la piletta de la cocina. Yo estaba contento. Iba a vivir seis veces más de lo ya vivido, con seis veces más de visitas y ¡casi nada! seis veces más de pasteles de los ya comidos.

La señora Muerte o, como entonces la había bautizado, doña Noojos, podía sentarse a esperarme. ¿Doña Noojos? Sí, me impresionaban las dos cuencas vacías y oscuras de su calavera... bah: ella podía sentarse a esperarme, mi futuro era luminoso: seis veces más pasteles, comerme seis veces más pasteles.

### El eterno retorno

La muerte ya no es el angustioso e inimaginable no-ser, tampoco una puerta cerrada a lo desconocido, sino el paso al más verdadero y pleno ser, una puerta abierta al más allá. Objeto de creencia o banalizada como un personaje más de la vida cotidiana, expulsada hacia los otros o hacia un futuro tan remoto que ni vale la pena acordarse, la muerte retrocede. Hay también manera racional de dar cuenta de ella y se llama *eterno retorno*.

Es, en realidad, una hipótesis y no podría ser de otro modo. Parte del supuesto de que el universo es finito y el movimiento (que a éste anima) es infinito, esto es, inacabable, jamás cesa. Ambas ideas las encontramos ya en el pensamiento de la Antigüedad y curiosamente, las cosmologías científicas del siglo han venido a dar-

les rigor. Y bien, universo finito conteniendo un limitado número de elementos unitarios, y movimiento incesante. ¿Qué tiene esto que ver con la muerte? Tiene que ver con una manera, racional e hipotética, de negarla, el *eterno retorno*.

### Volveremos I

Un instante nos lleva morir y otro el estar muertos. ¿Entramos a la eternidad? Entramos en la piedra, recaemos en ella, cuando piadosamente se nos desea: que en paz descanses. Una eternidad que, vista desde aquí, desde nuestra pobre conciencia planetaria, es un irse para siempre. Pero, vista desde la piedra, donde no hay relojes ni quien los reclame, la eternidad es un instante; y un instante nos lleva el estar muertos.

La piedra: de donde un día salimos y a la cual otro día regresamos. Desde nuestra pobre conciencia planetaria a cada ser vivo le es dado un nacimiento y una muerte; y rogamos por un nacimiento más. Cuando, en realidad, contamos con un capital de infinitas muertes. Una, como recaer en las piedras; otra, como recaer en el viento que dispersa las cenizas y roe la piedra; otra, como recaer en el agua que



dispersa las cenizas y roe la piedra; otra...

¿Que es un soplo la vida? Yo agrego: es un soplo la muerte. Y si es cierto, como alguien dijo, que de la vida no saldremos con vida, yo agrego: de la muerte sí saldremos con vida.

### **Volveremos II**

Porque la naturaleza posee un catálogo conteniendo todos los modelos posibles, y el terrícola es uno de ellos; mientras que una unidad de silicio más dos de carbono atravesadas por corriente eléctrica y bajo lluvia de azufre, acabarán arrojando el marciano telepático; mientras que dos unidades de hidrógeno más una de oxígeno... combinaciones en número desmesurado pero finito, un día se conocerá el catálogo completo y se dirá: son tales y cuales.

Claro, se trata de un catálogo muy especial: siempre está siendo consultado, siempre activado en todas sus páginas jamás cesa. Claro, se trata de un catálogo finito animado de movimiento finito... que no puede sino arrojar un resultado: la repetición infinita de cada una de las combinaciones en él contenidas.

### **Volveremos III**

Volveremos, lo proclamaron Nietzsche y Blanqui, Engels y Platón, la idea cautivó a Borges. Volveremos no sólo como la especie terrícola sino como individuos, cada gesto será reiterado. Un instante nos lleva morir y otro el estar muertos. Llamarán a las puertas de la piedra y será nuevamente mi turno, página equis del catálogo de la naturaleza. Todas las partículas volarán entonces a reunirse en el modelo que me contiene. Y un espermatozoide idéntico de mi papá idéntico ganará idéntica carrera para fecundar idéntico óvulo de mi mamá idéntica, y mi yo idéntico vivirá idéntica vida... sin guardar memoria de existencias anteriores. Un soplo de ser, un soplo de no ser... y así para siempre, para el eterno retorno de cada una de las combinaciones contenidas en el catálogo universal de los modelos de la naturaleza.

### **Ni lo crean, no volveremos**

Aquí, yo, tecleando esta página, y el lector recorriendo con la vista las líneas cuando ya está impresa, y la bomba atómica cayendo sobre Hiroshima, y el sol un día encendiéndose y otro día apagándose, todo, absolutamente todo, se repetirá infinito número de veces.

Con esa seguridad, podemos morir tranquilos: habitaremos el futuro, fallecer es un acto provisorio. ¿Es así o el eterno retorno no pasa de una manera hipotética de negar la muerte?

Y tan hipotética, que no es. Ese doble mío del futuro, ese otro igual que yo, que hará exactamente lo mismo que yo ¿seré yo? Lo dudo. Hay algo que no podrá reproducirse: el instante en que soy. El ahora se hace ayer y de ahí nadie lo saca. Yo, me parece, quedará anclado en este escalón del tiempo, como una sombra. Nadie que me suceda podrá bajar la escalera del tiempo hasta dar conmigo, nadie, ni Dios mismo.

En otras palabras, algo que se repite exactamente igual ¿es la misma cosa o una distinta? Puesto que se repite, es necesariamente distinta cosa. Para que dos cosas sean una y la misma, indistinguibles, deben ocurrir en idénticos tiempo y espacio. Y esto es lo que falla; dos tiempos, dos cosas. Indistinguibles en su ser, ciertamente, salvo por ese detalle: una es anterior a la otra y así, cuando la segunda nace, su gemela ha muerto.

### **Colofón**

Banalizar la muerte dándole trato familiar, de cuate con quien se podrá llegar a un arreglo, o bien remitirla a los otros, que son quienes se mueren y no yo, o a los viejos y yo todavía estoy joven, o bien figurarme un más allá donde la vida se prolongue o racionalizar la cuestión bajo la hipótesis del eterno retorno en un universo finito...

Todo resulta inútil, los mecanismos que la cultura puso a mi alcance acaban por fallar, ya siento pasos...